

dispensable corresponder su amor, y disminuir, por decirlo así, sus grandes y amargos dolores, y aquella confusión que sufrió por nuestra causa. Pedí, pues, al Señor que me santificara en las humillaciones: me ofrecí á llevarlas con buena voluntad, y dijele que á todo me hallaba dispuesto con su santa gracia

CAPITULO XVII.

El Arco y la Iglesia del Ecce Homo.—La Via dolorosa y lo que hay en ella.—El Palacio de Heródes y la Casa de Anás.—El Santo Viacrucis en la Via dolorosa.—El Llanto de los Judíos.

* * *

Á muy poca distancia de la iglesia de la Flagelacion, se vé en la calle, un arco muy antiguo, con dos pequeñas ventanas; este fué el sitio donde Pilato presentó al pueblo, á Nuestro Divino Redentor, llevando su Majestad corona de espinas y cubierto de grana, como Rey de burlas. Aquí escuchó el Señor aquellas horribles palabras: No queremos que éste reine sobre nosotros.—No tenemos otro rey que el César.—Que Jesus sea crucificado.—Su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos.—Y ese pueblo ingrato, desde entónces ya no fué el pueblo del Señor.—Y Tito y Vespaciano le dieron el pago que tan bien merecia; y

la sangre del Cordero de Dios que borra los pecados del mundo, ha sido para ese pueblo, como un rayo que quema su frente, señal de maldicion, de infamia y desgracia. Y Jerusalem fué destruida y los judíos murieron al filo de la espada: los que quedaron vivos fueron llevados léjos de su patria, en ominoso y triste cautiverio; y despues han quedado esparcidos entre las naciones; y en todas partes son despreciados, aborrecidos, maltratados.

* * *

Junto al arco del Ecce Homo, está una iglesia que designa el lugar en que Nuestro Divino Salvador, tomó sobre sus hombros la Santa Cruz: esta iglesia inspira mucha devocion. Casi frente á ella, está el pretorio de Pilatos, donde Nuestro Señor fué sentenciado á muerte: hoy está en este sitio, un cuartel de turcos.

* * *

Seguia yo mi camino por la via dolorosa, llevando

en mi alma la memoria de mi buen Jesus. Aquí cayó su Majestad, me decia una piedra de marmol, tirada junto á la esquina de una calle, aquí cayó el Señor bajo el peso de la Cruz.—Más adelante está el lugar donde la Santa Madre encontró á Jesucristo; y en seguida los sitios de Simon Cirineo, la casa de la Verónica, donde hay una capillita; el lugar de las hijas de Jerusalem y el de las otras caidas del Señor: y mi corazon suspiraba de dolor, y mis ojos derramaban lágrimas de amor y de ternura hácia el Hombre Dios que sacrificó su vida por salvarnos.

Toda esta via tan venerable y sagrada, está en el más triste abandono: es muy sucia, y está profanada por el tráfico de las gentes que pasan por ella con la mayor indiferencia, conduciendo burros y camellos cargados con madera, piedras, ú otros objetos. ¡Oh si toda ella fuera un templo, donde ofrecieran los cristianos al Señor sus más fervientes y humildes oraciones; la sincera expresion de su amor y su santa gratitud!

No muy lejos de la via dolorosa, se encuentran el Palacio de Heródes y la casa de Anás: en cada uno de estos lugares hay una capilla, que recuerda las humillaciones y padecimientos del Señor. En el Palacio de Heródes, Jesucristo fué despreciado y tratado como loco; en la de Anás, recibió una cruel bofetada. En esta casa se señala el sitio donde esto sucedió: queda á la izquierda de la entrada de la iglesia, en una capilla muy pequeña, donde arden continuamente dos lámparas.—Estas dos iglesias están en poder de los cismáticos. Al visitarlas, yo le daba gracias á mi buen Jesus, que tanto sufrió y se humilló por mi amor; y me admiraban más y más la profundidad de su sabiduría y su inexplicable afecto hácia los hombres, pues siendo un Dios de infinita grandeza, quiso ser tratado tan indignamente. ¡Qué no habia otro medio para satisfacer por nuestros pecados, ni otro camino que nos llevase al Padre? Mas Dios queria derramar todos los tesoros de su infinita bondad: queria descubrirnos el exceso de su amor. La visita de estos santos lugares, me dejó, tambien, avergonzado de mí mismo, viéndome tan inclinado á la soberbia, y contemplando tan de cerca, las humillaciones y desprecios de mi Dios. Yo un miserable gusano, un pecador, rehusó humillarme;

me impacientan los desprecios; busco la estimacion y los honores; y el Rey de los siglos, inmortal é invisible, es abofeteado, y le ponen túnica blanca como á un loco. Y con todo, digo que amo á Jesus, que me glorío de servirle y que deseo imitarle. El sonrojo y la vergüenza cubren mi semblante y me dejan muy humillado. ¡Ojalá y mi alma conserve para siempre estos sentimientos!

* * *

El viernes despues de mi llegada á Jerusalem, acompañé á los padres franciscanos á rezar el santo viacrucis, comenzando desde el Pretorio de Pilato. Los soldados turcos formaron en rededor de nosotros, mientras rezábamos la primera estacion: ellos guardaban respetuoso silencio y nosotros bendeciamos, amabamos á nuestro buen Jesus. Salimos del Pretorio y recorrimos la via dolorosa hasta el Calvario... ¡Para qué deciros que entónces nuestras almas iban enternecidas; que los ojos derramaban lágrimas y que unos en pos de otros, los suspiros se escapaban de nuestro corazon, abrasado en el amor divino?—Iba delante de nosotros un genísaro, con vara de autoridad en la mano y el alfange al cinto. Este genísaro lo manda el pachá, ó gobernador, cada

viérnes, para que nadie moleste á las personas que rezan el viacrucis.

* * *

Habiendo concluido este piadoso ejercicio, me dirigí al sitio del templo de Salomon, donde todos los viérnes por la tarde, se reunen los judíos á llorar las desgracias de su patria. Ah! Ellos, los hijos de las promesas, se ven como extranjeros y aun peor, en su mismo país; y llevan en su misma tierra la vida de un proscrito. Nadie los considera ni se reune con ellos. Los descendientes de aquellos que desecharon al Hijo de Dios, son el desecho de las naciones, y la sangre del Justo, ha caido sobre padres é hijos, cual torrente de fuego vengador, que revela la cólera del cielo, contra ese pueblo, protervo y obsecado. Mas contemplemos un rato, su tristeza. Ved como se acercan á los muros, y leen la Biblia, y meditan y se ponen á llorar: las mujeres exhalan tristísimos, lamentos y se muestran sin consuelo; y todo aquello es un espectáculo que aflige el alma y nos causa profunda compasion. ¡Ah! si ellos creyeran en el Hijo del Eterno; si recibieran á Jesus por Salvador del mundo, luégo concluiria la causa de su llanto; y el Señor daria consuelo á Sion y restauraria sus ruinas.

Los judíos se alejaron de aquel sitio, con los ojos hinchados de tanto llorar; llevando la melancolía pintada en el semblante. Nosotros, entre tanto, pediamos á Jesus, por la conversion de aquel pueblo que su Majestad, habia amado con tanto cariño en tiempo de Moises y los profetas. Pero aun no llega el de su conversion. Ratisbona, que fué una excepcion, fundó en Jerusalem el monasterio de monjas del monte Sion, de que hemos hablado, y que viven en un convento contiguo á la iglesia donde Nuestro Señor cargó la cruz sobre sus santísimos hombros: años han pasado ya de la fundacion; y aunque las monjas no dejen de pedir al Señor por los judíos, aun no han convertido á ninguno; sin embargo de esto, la esperanza cristiana no desfallece; y al fin alcanzará lo que desea.

CAPITULO XVIII.

Procesion en el Santo Sepulcro.—Betania.—Betfage.—El monte Olivete.—El Templo de la Ascension.—Un momento en la iglesia de las Carmelitas.—Lugar donde el Señor compuso el Padre nuestro y el Credo.—Vista que se disfruta desde el Olivete.

*
*
*

Los Padres franciscanos hacen todos los dias una solemne procesion recorriendo los santuarios contenidos en la iglesia del Santo Sepulcro. Esta procesion es muy devota, y conmueve profundamente el corazon de los peregrinos. El órden en que se verifica es el siguiente: se comienza por la capilla del Santísimo Sacramento, pásase luégo al altar donde se guarda la columna de la flagelacion; despues á la cárcel donde estuvo Nuestro Divino Redentor ántes de ser crucificado; sigue el lugar de la division de los vestidos; se bája en seguida al de la invencion de la Santa Cruz; despues se sube una escalera, y se llega á la Capilla de Santa Elena, y subiendo otra, encaminase la procesion, á la Columna de la coronacion ó de los improperios, que es un trozo de cantera de media vara ó un poco más de alto, segun me pareció. Súbese despues al Monte Calva-

rio y se visita el lugar de la crucifixion, y el sitio donde fué levantada la Santa Cruz. Se baja del monte y todos se dirigen á la piedra de la uncion; y de aquí al Santo Sepulcro, y al lugar donde el Señor habló á la Magdalena; terminando en el sitio donde, segun se dice, Jesucristo apareció á su Santísima Madre, despues de resucitado.

*
* *

Al recorrer aquellos lugares tan venerables, y recordando los misterios que en ellos tuvieron lugar, y yendo en compañía de los franciscanos y de multitud de peregrinos que caminaban con tanta gravedad y devocion, y derramaban tantas lágrimas, y exhalaban tantos suspiros, nuestro corazon tambien se conmovia, y sólo sentiamos no morir de amor á Jesucristo, y de dolor de nuestros pecados.

Un momento nos pareció el tiempo trascurrido durante la procesion; y pasada ésta, no podiamos darnos cuenta de nuestras impresiones: estábamos como abrumados bajo el peso de tantos misterios. Á la pálida luz de las antorchas habiamos registrado los lugares más santos que hay sobre la tierra; llenas estaban nuestras almas de grandes pensamientos: nos parecia

que habiamos asistido á las dolorosas escenas de la pasion y muerte del Señor: el canto religioso y tan conmovedor de los franciscanos; y los himnos tan llenos de ternura que escuchamos en aquella dichosisima jornada, y la dulce oscuridad de aquellos santuarios, todo esto más bien que recordar al alma, los misterios de la pasion de Jesucristo, que tuvieron lugar hace 19 siglos, la hacian espectadora de los mismos. Así nos parecia, reflexionando en la grandeza de aquellas tan profundas y terribles emociones, que habiamos experimentado.

*
* *

Despues de haber visitado los principales monumentos religiosos de Jerusalem, me dirigí una tarde, por cierto muy bella, á Betania, tomando la falda meridional del monte olivete: despues de una hora, estaba en la casa de Marta y María: esta casa está en ruinas: entre estas se ven las paredes de dos piezas destechadas, en las cuales segun se dice, vivian aquellas hermanas que tanto amó Jesucristo. Detras de la casa y no muy léjos, está el sepulcro de Lázaro, al cual se baja por una escalera de 30 gradas, casi en forma de caracol. Examinando el terreno se conoce que por lo menos, 13

de estas gradas, no son del tiempo en que se hizo aquel sepulcro. Descendí hasta su fondo, llevando una vela encendida, porque allí reinaban profundas tinieblas.

De aquel sepulcro, salió el hermano de Marta y María, vuelto á la vida por la palabra del Señor. En la muerte de Lázaro veíamos la imagen de aquella otra que causa en nuestras almas el pecado; y las lágrimas que entonces derramó Jesús, nos manifestaban su inmensa ternura y su compasión hacia nosotros. Bendeciamos su divino poder, tan glorioso y soberanamente empleado á favor de los hombres; y su amor nos dejaba rendidos. Recordamos en aquel momento, estas palabras que dijo Marta á Jesús: Señor, si hubierais estado aquí, no hubiera muerto mi hermano. Palabras llenas de una fe muy sencilla y de una verdad muy profunda: la ausencia de Jesús nos da la muerte, y su presencia es la vida.

No nos detuvimos mucho tiempo en Betania, pues teníamos que subir al monte Olivete, y eran ya después de las 4 de la tarde. De paso, en nuestro regreso llegamos á Bethfage, que dista muy poco de Betania, como unos seiscientos pasos. En Bethfage, hallamos

una pieza en forma de capilla: dentro de esta se encuentra una gran piedra, debajo de enverjado: esta piedra se descubrió al hacerse una escavacion en el mismo sitio que ocupa hoy; y tiene pintado un pollino, indicando que aquel era el lugar donde Nuestro Señor montó en el borrico, ántes de entrar en Jerusalem, el domingo que precedió á su santísima pasion. (1)

Sigamos nuestro camino. Las laderas del Olivete, por la parte que subiamos á su cumbre, son calizas, escasas de vegetacion, y se parecen á muchas de las que conocemos en nuestro país. Por fin hemos llegado á la cima del hermoso monte. Ved allí el templo de la Ascension: es una pequeña rotunda, que está en poder de los turcos; está muy desaseada, y en ella no se encuentra ni una cruz, ni una sola imagen. En el pavimento, y en una piedra, se ve la huella del pié izquierdo del Señor que segun se dice, la dejó impresa ántes de subir al cielo.

“El monte Olivete está al Oriente de Jerusalem, á un cuarto de hora de las murallas. Es una colina ovalada, extendida de Norte á Sur en una distancia como de 1,900 metros y con una altura como de 400 sobre el nivel de aquella ciudad: sus flancos, especialmente por el lado que mira á ella, se derraman en pendientes suaves y tersas, tapizadas de viñedos, de trigales y de malezas, y salpicadas de olivos, de higueras, de tere-

(1) Malanco no visitó este lugar porque le aseguraron que no se habia descubierto, lo cual es falso.

bintos, de algarrobos, de nopaleras y chavacanos. Es el único punto en las cercanías de Jerusalem, donde no hay el duelo, la pena y la tristeza que la enlutan por todas partes: el monte de los olivos es ameno, alegre, risueño; sus laderas verdes con sus árboles de varios tamaños: desparramados sus pequeños edificios blancos, ocupando los lugares más pintorescos, sus veredas amarillas que bajan serpenteando desde la cumbre, y sobre ésta una mezquita árabe, levantando al cielo su minarete, dan á aquel monte el aspecto más sorprendente, más agradable y espléndido.

“Desde el pié del monte Olivete hasta la iglesia de la Ascension, ó hasta la mezquita que está en la cima, puede calcularse como una milla. Hay tres caminos en ese monte: uno, parte del jardín de Getsemaní pasando por los sepulcros de los profetas; y dos que están por el Norte partiendo de la puerta de San Estéban. Estos caminos son poco practicables y en varios puntos algo empinados, se distinguen muy bien desde la cumbre de la montaña, como desde la salida de la ciudad de Jerusalem.

“La cima del monte de los Olivos dibuja dos ondulaciones que terminan tres eminencias ligeras ó crestas suaves: la del Sur que se llama “Monte del Escándalo ó de Ofension,” la del centro que se llama “Zeitung” y la del Norte que se llama “Viri Galilæi.” (1)

(1) Malanco, viaje á Oriente.

*
*
*

Despues de haber adorado á Nuestro Señor en el templo de la Ascension, pasamos á ver la iglesia y el convento de las religiosas carmelitas, que allí tienen su morada, como tristes palomas que pasan la vida gimiendo, en elevada y solitaria roca. Precede á la iglesia un patio cuadrilongo, con cuatro corredores: en las paredes está escrita la oracion del Padre Nuestro en 38 idiomas.— La iglesia no es muy grande; pero está aseada y á nosotros nos pareció muy bella: estaba expuesto Nuestro Amo. Al verlo en aquella montaña de tantos recuerdos, y en una soledad que convidaba á hablar con Él, nuestras almas se llenaron de consuelo. ¡Ah! nos hallábamos á inmensa distancia de nuestro país, en extranjera tierra, donde exceptuando una ó dos personas, todos ignoraban nuestro nombre, no sabian el objeto que allí nos llevaba ni de donde veniamos. Pero hé aquí que sin esperarlo, se nos presenta un amigo, y el más fiel y generoso que tenemos; y nuestras miradas se cruzan; y su Corazon palpita de ternura por nosotros; y el nuestro se abrasa en las llamas de su amor. Él nos conoce, él nos ama: estamos con su Majestad..... ¿Y no habriamos de llorar de amor? ¿y nuestro corazon no derramaria en el seno de ese amigo, todos sus afectos? Parecia que veiamos en Je-

U. A. N. L.

sus, un buen paisano con quien nos consolábamos, estando léjos de la patria: hacíamos tambien con Él nuestros recuerdos. ¡No os acordais, le decíamos, de las íntimas y amorosas confidencias, que con Vos teníamos, oh Señor, allá en nuestro país, que amais como si en él hubierais nacido, y fuera el vuestro? Pero nosotros al salir os dejamos en México: ¿cómo es que nos estabais esperando en este sitio? ¡Ah! un padre, un hermano, un amigo, tan bueno y generoso como Vos, precede á sus hijos y hermanos, y amigos, donde quiera que estos van; los precede para disponerlo todo á su favor. Yo no cabia de gozo aquella tarde, con el encuentro tan feliz que habíamos tenido. Aquí está nuestro paisano, le decia al oido á mi buen compañero Avelar, aquí está nuestro paisano: él es. No sé por qué se siente tanto consuelo al ver á Jesucristo cuando uno se halla fuera de su patria: será tal vez que en otra tierra, de todo lo demás, ménos de su amor, podemos desconfiar, y por lo mismo al hallarlo, al conversar con Él, respira el corazon y rebosa en alegría.

*
*
*

Al salir de la iglesia fuimos á visitar el sitio donde el Señor compuso la oracion del Padre Nuestro, que

no dista mucho del convento de las carmelitas, lo mismo que el lugar donde los apóstoles compusieron el Credo.

Desde la cumbre del Olivete se disfruta una vista encantadora y deliciosa: al Occidente y casi á los piés del espectador, se ve la Santa ciudad; se descubren todos sus monumentos, sus calles y aun sus habitantes. Al Norte aparecen las montañas de la tribu de Benjamin, y unidas con estas y más lejanas, las de la tribu de Efrain. Al Oriente se divisan las riberas del Jordán, y el desierto, desde Escitópolis hasta el Mar Muerto, y los montes Galaditas. Al Sur los montes que están más allá del Mar Muerto, señalándose por su elevacion, el Nebo donde murió el gran Legislador de los judíos, despues de haber contemplado tristemente, la tierra prometida, que no llegó á pisar. Nosotros al recordar estas cosas pensábamos en México, nuestra cara patria, y nos decíamos: Estamos á inmensa distancia del suelo que nos vió nacer: ahora ni contemplamos su limpio y azulado cielo, no vemos sus altos montes, ni nos llegan sus auras embalsamadas: moriremos lejos tal vez, de los nuestros, y serémos sepultados en el valle de Josafat, que se extiende á nuestros piés.—Yo no quiero morir fuera de México, me dijo prontamente Avelar: allá sí, aunque sea, regresar y luégo morir estoy contento; y ya no veamos ese Nebo, ni hablemos de ese asunto.

El sol se hundia en el Ocaso, acercábase la noche y fué preciso volver á Jerusalem, descendiendo del Olivete por un lado del Getsemaní.